

La comida, deseo y neoliberalismo

Lic. Cádiz Mantilla Chávez

Licenciada en Política y Gestión Social, Universidad Autónoma
Metropolitana. Área de investigación: Ciencia Política y Psicoanálisis.

catmantilla@hotmail.com

La comida, deseo y neoliberalismo

Food, desire and neoliberalism

Resumen

Bajo el presupuesto de que no hay nada ingenuo en cómo los medios de producción dominantes establecen el desarrollo de las prácticas alimenticias, veremos que en las sociedades neoliberales la comida guarda una serie de relaciones simbólicas que atraviesan el consumo diario del individuo. En ese sentido, el presente texto busca reflejar que la lógica del sistema económico incidirá en el deseo de los sujetos, más allá de las variadas culturas gastronómicas las que, ya de por sí, se encuentran sometidas a normas y nociones colectivas. Todo esto es de suma importancia si consideramos que cada producto comestible que elegimos o rechazamos ingerir nos inscribe dentro de un valor ideológico desde el cual nos reconocemos y definimos, con lo cual, la libertad comúnmente asociada a las decisiones cotidianas de nuestra nutrición quedaría enmarcada por valores que tienen que ver con el reconocimiento, la pertenencia y la ostentación. Por tanto, poder identificar que la construcción de ese *habitus* implicado en el acto de comer está sometido a la operatividad de un deseo que el capitalismo promete satisfacer, nos permitirá recuperar los auténticos lazos que hacen de la comensalidad uno de los rituales más importantes para el proceso civilizatorio.

Palabras clave

Comida, deseo, neoliberalismo, comensalidad,
Otro, lenguaje.

Abstract

Under the premise that there is not nothing naïve in how dominant means of production which establish the development of eating practices, we will check that in neoliberal societies, food owns a set of symbolic relationships which go through individual's daily consumption. In this way, this text seeks to reflect that the logic of the economic system will have percussions in the desire of the subjects, beyond the variety of gastronomic culture which they are already submitted to collective rules and notions. All this is so important if we consider that each edible product that we choose or refuse to eat involves us in an ideological quality with which we recognize and determine ourselves, resulting that freedom, commonly associated with daily decisions of our nutrition, would be frame by values that have nothing to do with recognition, belonging and ostentation. Therefore, being able to identify that the construction of habitus involved in the action of eating is coming under the operation of a desire that the neoliberal promises to satisfy, we will allows to recover the authentic ties that make that companionship on of the most important ritual for the civilizing process.

Key words

Food, desire, neoliberalism, commensality,
Other, language.

Introducción

Dada la universalidad asociada al acto de comer, este tema a nadie le resultará ajeno y más aún cuando es un fenómeno de tanta trascendencia y profundidad para la humanidad. Sin embargo, pocas veces reparamos en los significados, símbolos, así como en las relaciones sociales que se desenvuelven en torno a la comida; así, nadie podría ignorar el vínculo afectivo que ésta guarda con los individuos, ni la experiencia sensorial involucrada en esta cotidiana necesidad. Por tanto, queda claro que la alimentación, en principio, pareciera la simple satisfacción de innegables requerimientos energéticos para el organismo, pero tengamos en cuenta que en el seno mismo de la civilización dicho acto se ha ido sofisticando con el transcurso de los siglos, y así también lo ha hecho el sistema económico que es inherente a su respectivo período histórico.

Independientemente de toda la problemática política y socioeconómica que ha habido en torno al tema de la alimentación, es inevitable observar que hay productos alimenticios que el individuo rechaza comer, mientras que otros se consumen exclusivamente por lo que representan para cada persona y cultura en particular. Por tanto, convengamos que existe una responsabilidad detrás de lo que es introducido en el cuerpo, tal como sucede en lo que respecta a las ideas que se construyen en las heterogéneas mentalidades de los consumidores, mismas que responden a determinadas construcciones ideológicas.

Además, no se olvide que el consumo alimentario es, en efecto, una actividad eminentemente social: tantas palabras involucradas en las elecciones, costumbres, atracciones y aversiones que encierra lo comestible, que no debería sorprendernos que nuestras decisiones sobre la comida aparezcan como nociones adoptadas y continuadas dentro de un grupo social, en la medida en que no se consumen los mismos productos o que no son combinados de la misma manera, amén de que las convenciones entre una y otra comunidad difieren en cuanto a lo que significa el alimento y su ingesta. Tales decisiones estarán sometidas a las posibilidades de una libertad mercantil desde la cual el neoliberalismo aprovechará la diversidad comercial para transformar cualquier deseo culinario en algo rentable y trascendente en apariencia.

Desarrollo

La ingesta de alimentos —con el fin de nutrir al cuerpo— es un acto impulsado por una insoslayable necesidad fisiológica, aunque el ser humano en sus etapas tempranas de desarrollo no sea capaz de mitigar su hambre por sí solo, ni tampoco sea consciente de que comer le resulta esencial para su propia supervivencia y la de su especie. No es sino hasta el paulatino ingreso a la estructura del lenguaje que el infante irá aprendiendo los medios para satisfacer dicha necesidad primaria, frente a lo cual las necesidades humanas se encontrarán sujetas a la formulación lingüística. En principio, únicamente a partir de una noción preliminar del “Otro”, el infante podrá procurarse el alimento que su cuerpo le exige, lo que por fuerza implicaría la posterior incorporación de las palabras a este proceso vital (Zadra, 2005, p. 93).

Ahora bien, creo que es necesario realizar una pausa para definir someramente el concepto de “Otro”, ya que será indispensable para comprender el resto de nuestra exposición. En términos simples se entiende como “la alteridad misma del lenguaje que precede al sujeto [...] y se distingue así del “otro” con minúscula, que designa aquél a cuya imagen se descubre estar hecho el sujeto, el semejante” (Sauret, 2018, p. 166). En otras palabras, cuando hablamos del “Otro” hablamos de una relación simbólica surgida gracias a nuestra inmersión en el sistema de la lengua, mediante la cual se constituye un lugar que es anterior al despertar de todo significado y desde donde el sujeto encontrará su lugar significante por mediación de la palabra.

Pues bien, prosigamos con nuestra idea inicial. Decíamos que dicha necesidad alimentaria se presenta como una de las primeras satisfacciones que requieren un acusado matiz de narcisismo, por cuanto aparece como un irrefrenable complemento libidinoso de un egoísmo inherente, a su vez conectado con la ya mencionada pulsión de autoconservación, cuya justificada atribución obedece a una dosis respectivamente exacta para cada ser vivo en pos de su propia supervivencia (Freud, 1992, p. 72). Antes siquiera de poseer una articulación lingüística congruente, el infante ya es capaz de emitir un llanto que supone una demanda signifiante, cuyo destinatario por lo general será su madre; misma que, por su parte, construirá con su respuesta una interpretación consecuente que introducirá al demandante en la dimensión del lenguaje, en la medida que “la demanda es aquello que pasa desde la necesidad, por medio de un signifiante dirigido al Otro” (Lacan, 2010, p. 90).

Entonces, la práctica alimentaria en la primera infancia nos será dada como una acción que vinculará indisolublemente a nuestro alimento con la atención y el afecto del otro, de ahí que el acceso del infante al deseo sea propiciado al serle arrebatado momentáneamente aquello que rodea el acto nutricional: la cercanía, la calidez, los aromas, las texturas, y todo lo demás que rodea la lactancia. El deseo, pues, se situará más allá de la demanda, como la falta de un objeto inscrito en la palabra y como efecto de la marca del significante en el sujeto.

Pero si el apetito se apacigua con el alimento —en cuanto que la necesidad es una tensión interna que se satisface temporalmente con un objeto determinado—, el deseo, por el contrario, no responde a ninguna urgencia biológica sino a tendencias inconscientes del sujeto. De manera que para el sujeto, el acto de comer no sólo quedará supeditado a una concatenación de significantes instigada por cada demanda emergente, sino que la condición de su deseo surgirá como un producto social en estrecha relación con el “Otro”, porque “el deseo del hombre es el deseo del Otro” o, mejor dicho, “una especie de deseo al Otro” (Lacan, 2010b, p. 121-122).

Si bien el goce que constituye el poder saciar efectivamente nuestro apetito “se produce siempre en el cuerpo de Uno pero por medio del cuerpo del Otro”, en realidad ello vendría a demostrar sin duda que dicho goce “es siempre autoerótico, siempre autístico” (Miller, 2008, p. 411). El acto de comer, sin embargo, poseerá un carácter predominantemente social, lo que dotará a esta importantísima actividad humana, en consecuencia, de significaciones que quedarán inscritas en distintos ámbitos de convivencia.

A la socialización que acompaña a las prácticas alimentarias se le denomina “comensalidad”, en referencia a aquellas relaciones que devienen en un discurso que puede sernos útil para el conocimiento de lo colectivo (Recio, 1995, p. 485) y, con ello, susceptibles de suscitar una interesante reflexión acerca de las maneras en las que el sujeto concibe actualmente la comida, es decir, bajo la inevitable influencia del neoliberalismo que aprovecha esa delgada brecha que separa la necesidad primordial del deseo jamás satisfecho.

Así pues, un factor que determinará las decisiones de lo que ingerimos tenderá siempre a un juicio individual, como una tendencia intelectual de afirmar y negar contenidos de pensamientos cuya función será la de atribuir o desatribuir una determinada propiedad a cierta cosa y que, a la postre, admitirá o impugnará la existencia de una representación en la realidad. El yo-placer originario busca introyectarse todo lo bueno, y por ende, arrojar de sí todo lo malo (Freud, 1992, p. 254); de esta forma, la elección de los alimentos que se consuman quedará supeditada a la cultura y a los valores de la época en los que se sitúa cada persona, lo cual concordaría con la libertad de consumo que el sistema económico actual nos ofrece, por lo que el mercado podrá imprimir una amplia gama de ideologías en los productos alimenticios que ofrece, de suerte que cada persona pueda elegir qué incluir dentro del “yo”.

Asimismo, la reticencia a comer determinados alimentos se presenta como una especie de abrogación intelectual en torno a esto mismo que se reprime, pero no una aceptación; y no por ello se suprime lo reprimido, lo cual será perceptible en la denominación de un platillo que alude a un ingrediente que no contiene, pues la represión subsiste bajo la forma de la “no-aceptación”. Esto nos remite a la forma en cómo Freud ejemplifica la función de la denegación: “Voy a decirle lo que no soy; cuidado, es exactamente lo que soy”.

Valdría la pena reflexionar en torno al juicio de existencia, pues se trata de atribuir al sujeto una representación a la que ya no corresponde, pero a la que hubo correspondido alguna vez, en un retorno atrás: su objeto. Por decirlo de otro modo, se intenta decir lo que se es a través de lo que se decide no comer. “La experiencia ha enseñado que no sólo es importante que una cosa del mundo (objeto de satisfacción) posea la propiedad «buena», y por tanto merezca ser acogida en el yo, sino también que se encuentre ahí, en el mundo exterior, de modo que uno pueda apoderarse de ella si lo necesita” (Freud, 1992, p. 255).

Cabe destacar que en torno a las elecciones alimenticias bien podría operar: por un lado, el “principio de placer primario”, en el sentido de que éste impulsa al organismo a la gratificación inmediata, con vistas al cumplimiento de un deseo vinculado con lo inconsciente, en donde no importa tanto la clase de alimento que se consume, como contener el hambre; por otro

lado, está “el principio de realidad”, que permite al organismo tolerar demoras o postergar la gratificación. Este proceso secundario pone en marcha un proceso de pensamiento mediante el cual es posible tomar cierta distancia respecto de los impulsos sexuales y así reencauzar la energía hacia el razonamiento práctico.

Desde este punto de vista, la comida adquiriría otra dimensión por cuanto ya no se trata únicamente de apaciguar el hambre, sino de satisfacerla al gusto, posibilidades económicas y doctrina del propio comensal. En este punto también se lograría sublimar la práctica de comer, acorde con cierta capacidad adquisitiva: la gastronomía, el antojo y el acto de compartir mesa dan efectiva cuenta de ello.

Así también se puede entender el deseo por la comida a través de la organización de lo oral, según lo explica Freud, en cuanto que toda la vida psíquica está concentrada en los labios y en la mucosa bucal. La pulsión de autoconservación que tiene como fin ulterior la satisfacción del hambre y la sed, sirve de apoyo a una pulsión sexual a la cual provee con un modelo de actividad. La necesidad de repetir la experiencia del placer, proporcionada en un primer momento por la absorción de alimentos, hace que la boca insista en un chupeteo que se independiza de la succión real del seno y de la necesidad de alimento. La pulsión se obstina en una actividad según el modelo que se desprende del proceso de indigestión y de asimilación.

De lo anterior se deduce que la cavidad bucal y su borde inauguran un tipo de sexualidad de larga duración. Además, el lenguaje documenta, con usos figurados del verbo “comer”, el desplazamiento de ese modelo hacia la actividad de otras zonas erógenas (Freud, 1981, p. 3385). Por ello, los propietarios de los medios de producción alimentaria insistirán en seducirnos con distintas formas de goce, aprovechándose de nuestra falta, al ofrecernos supuestas formas de paliar el deseo insatisfecho a fin de provocar que las personas alienen su fuerza de trabajo con tal de sentir que con la obtención de más capacidad pecuniaria, podrían conseguir llenar virtualmente su falta.

Teniendo en cuenta que desde los albores de la civilización el universo de la comida ha sido una coyuntura ritual dentro de las comunidades humanas —donde confluyen múltiples significados y símbolos sociales que manifiestan determinadas expresiones culturales (Delgado, 2001, p. 105-106)— acaso sea el comer, sobre todo en términos comunitarios, una acción que va alterando imperceptiblemente el sentido del objeto alimenticio en su cualidad significativa.

Y es que, aun cuando la familia representa la primera y más relevante institución socializadora, a partir de la que acontece tradicionalmente, la producción y reproducción social de los hábitos alimenticios¹. “lo cierto es que [la familia] está siendo desplazada en el desempeño de dicho papel por otras instituciones”, provocando, de tal suerte, un impacto en la cotidianidad de las personas, tanto en su rumbo como en su desarrollo, dadas la incidencia y capacidad de representación de aquéllas, así como de “sus habilidades para proponer pautas y modelos de conducta” (Entrena-Durán y Jiménez-Díaz, 2013, p. 684).

Este fenómeno colectivo tiene repercusiones considerables en el marco del neoliberalismo, puesto que dichas instituciones sucedáneas aprovecharán para imbuir comportamientos y aspiraciones que “constituyen el substrato referencial básico a partir del que tiene lugar el despliegue de una serie de prácticas y actitudes sociales que impelen a los sujetos hacia unas determinadas preferencias alimentarias y les alejan de otras” (Harris, 1985, p. 211), merced de lo cual, el deseo velado por la necesidad será verticalmente designado y encauzado hacia un *habitus* convencional cuyo propósito sería una ilusoria distinción social.

La intervención institucional afincada en los ideales neoliberales, que a su vez se encuentra posicionada fuera de la dinámica familiar, utiliza ese goce definitorio enlazado con el “Otro” para introducir, subrepticamente, lo que Jean Baudrillard denomina “la génesis ideológica de las necesidades” (1976, p. 18), es decir, todo aquel comportamiento alimentario que no se desarrolla en el sujeto de modo completamente voluntario, sino bajo el influjo de ideologías fomentadas sistemáticamente, con el fin de seducir la voluntad del consumidor promedio.

¹ Los cuales están relacionados con la circunstancia, oportunidad, así como la disposición del comensal, cuya repetición no tendrá que ver con la normalización, sino con una continuidad palpable con base pragmática, pues todo hábito comienza con una proposición externa. Para que continúe, requiere voluntad individual.

Así pues, no habría que olvidar que la adquisición y consumo de ciertos alimentos “es, sobre todo, una expresión de un estilo de vida presentado como deseable en los medios de comunicación más o menos especializados que les sirven de referente, como una manera de demostrar la interiorización del *habitus* del buen gusto y la distinción” (Bourdieu, 1998, p. 257).

Entonces, si el goce individual depende del goce que contempla en el otro para sostenerse, parece inevitable que la comensalidad opere como un registro imaginario que permite la identificación especular² entre quienes participan en estos rituales modernos de nutrición. Este tipo de identificación permite introyectar determinada ideología en lo que se ingiere para, finalmente, inferir que eso que se come son símbolos, significados y no sólo alimentos para la mera supervivencia. Es allí donde el neoliberalismo halla la perfecta oportunidad para investir con connotaciones seductoras a ciertos alimentos o prácticas alimenticias; a saber, no sólo se trata de cargar a los productos industrializados con símbolos de estatus y promesas que superan la garantía de un placer gustativo sino, además, de imponer a tales o cuales dietas, un valor axiológico que excede su verdadero valor nutricional.

Precisamente por eso, la frase popular que reza “eres lo que comes” —sin olvidar que comemos primordialmente por hambre— nos remite al planteamiento freudiano que propone como un hecho innegable que “la existencia de necesidades sexuales en el hombre y el animal es expresado en la biología mediante el supuesto de una «pulsión sexual». En eso se procede por analogía a partir de esa pulsión de nutrición: el hambre. El lenguaje consuetudinario carece de una designación equivalente para la palabra «hambre»; la ciencia usa para ello «libido»” (Freud, 1993, p. 123), que, en este punto, tendría correspondencia con el vocablo *lust*, en alemán, cuya traducción está asociada al significado en castellano de la palabra “deseo”, de ahí que, inmediatamente, derive en: “eres lo que deseas”.

Digamos que el deseo por determinado alimento quedará traducido como algo constitutivo del pensamiento lo cual, en cierto sentido, tendrá como resultado: “eres lo que piensas, por lo tanto, comes lo que piensas”. De la misma manera, saciar el apetito tendrá correlación

² La propia imagen especular ocurre con ayuda de y en relación con un otro semejante, en tanto identificación especular se hace alusión a la investidura de un semblante y no a una cuestión ontológica. Dicho semblante dentro de lo colectivo crea vínculos sociales. Se pretende explicar que lo que unifica a estos comensales, referente a su preferencia a compartir la mesa con otros en común, es la falta y el vacío.

con la búsqueda de satisfacer el deseo: “La unión de los genitales es considerada la meta sexual normal en el acto que se designa como ‘coito’ y que lleva al alivio de la tensión sexual y a la extinción temporaria de la pulsión sexual —satisfacción análoga a la saciedad en el caso del hambre—” (Freud, 1993, p. 136).

Si comes lo que piensas, entonces, ese pensamiento se tendrá que llevar al lenguaje cotidiano para comunicar nuestra necesidad, para ser, a la postre: “comes lo que dices, por ende, comes lenguaje”. Y sin embargo, las palabras no son sólo grafías que llenan la vacuidad inherente de los símbolos —significados que configuran nuestras ideas en relación con *algo* en específico—. Ningún objeto de la necesidad puede satisfacer la pulsión: lo que satisface la pulsión en la necesidad alimentaria no es el objeto alimento sino “el placer de la boca” (Lacan, 2010, p. 175); de ahí que el neoliberalismo fomente precisamente esas pulsiones que concuerdan a la perfección con ese proceso de individualización sistemática que extrae el carácter ritual positivo de los actos de comensalidad para convertirlos en la reproducción de un goce orientado al mero consumo, el cual por supuesto, estará legitimado por una serie de expectativas y demandas cuya ulterior finalidad consistirá en un placer casi onanista.

Conclusión

No sólo se trata de comer lo que se goza elegir, sino de gozar la elección; ya sea algo que se considere socialmente nocivo para la salud si se ingiere en exceso o algo que el consenso popular encuentre específicamente elegido por sus aportaciones vitales. Se otorga a las sociedades neoliberales la ilusión de libertad, resultado de una diversidad de productos y opciones de consumo alimenticio, pero que están constreñidas dentro de un rango establecido que opera bajo ciertas restricciones, pues al final se come aquello que la industria alimentaria dicta bajo la ley de oferta-demanda y a partir de paradigmas que se crean según una necesidad sistemática.

Un sistema neoliberal —como expresión del capitalismo actual— permite a las personas comer lo que esta ineluctable ideología implantó como deseable, es decir, algo ya premeditado desde el principio que dirige todo de tal modo que, en última instancia, la mejor

opción será consumir mientras se desplaza la autogestión por la noción de practicidad y por el carácter eficiente, en pos de una mano de obra óptima que no entorpezca la producción en serie. Pero a pesar de que el sistema económico y cultural tenga una fuerte influencia en las elecciones alimentarias colectivas, es preciso hacer énfasis en las ideas particulares de cada comensal, pues hay alimentos que nada tienen que ver sólo con la capacidad adquisitiva, ni la ideología; simplemente resultan *incomibles*. Esta situación explica sin duda que pueda haber un placer en denegar, una negativa que resulta simplemente de la supresión de los componentes libidinales; por decirlo de otra forma, que lo que ha desaparecido en ese placer de negar (desaparecido = reprimido) son los componentes libidinales (Lacan, 2009, p. 844).

De acuerdo con lo planteado por Freud en referencia a lo anterior, el juicio es posible por la creación del símbolo de negación que ha permitido al pensar un primer grado de independencia respecto de las consecuencias de la represión y, por tanto, de la compulsión del principio de placer (Freud, 1992, p. 257). Algo que ilustra esta concepción en el plano de la comida está relacionado con el diferenciar a los comensales que no comen carne por adopción de una doctrina o religión, distinguiéndose así de quienes optan no hacerlo por una cuestión de lo que coloquialmente se designa como “gusto”.

El sujeto como entidad escindida y subordinada por las restricciones del lenguaje, propio a su condición presenta el deseo, que aparece como falta de un objeto, falta inscrita en la palabra y efecto de la marca del significante en el ser hablante; así, al elegir qué comer o qué no, se elige qué ser o no ser para pretender llenar la falta, intentar que eso que no se puede decir se disimule. Cuestión que tiene muy clara el capitalismo por lo que le resulta tan sencillo engañar al consumidor equiparando libertad mercantil con libertad personal, haciendo pensar a las personas que pueden elegir qué ser.

Fuentes consultadas

- Baudrillard, J. (1976). *La génesis ideológica de las necesidades*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.
- Delgado Salazar, R. (2001). “Comida y cultura: identidad y significado en el mundo contemporáneo”. *Estudios de Asia y África*, vol. 36, núm. 1 (114), pp. 83-108.
- Entrena-Durán, F. y Jiménez-Díaz, J. F. (2013). “La producción social de los hábitos alimenticios: una aproximación desde la sociología del consumo”. *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 19, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 683-693.
- Freud, S. (1981). “Compendio del Psicoanálisis”. En *Obras completas Tomo III*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, pp. 3379 – 3418.
- Freud, S. (1992). *Obras Completas: El yo y el ello y otras obras (1923-25)*. Vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1993). “Tres ensayos de teoría sexual”. *Obras Completas Tomo VII*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Harris, M. (1985). *Bueno para comer: Enigmas de alimentación y cultura*. Madrid, Alianza.
- Lacan, J. (2010a). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, J. (2010b). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 11: Los conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- Miller, J-A. (2008). *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires, Paidós.

Recio Palacios, F. (1995). “Análisis del discurso y teoría psicoanalítica”, en Delgado, José Manuel y Gutiérrez Fernández, Juan (coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid, Síntesis, pp. 481-492.

Sauret, M-J. (2018). “¿Existe el otro?”. *Pedagogía y Saberes*, núm. 48, pp. 163-178.

Zadra, G. (2005). “Del comer, el deseo, la palabra y su lugar en la vida”, *Psicodebate 5, Psicología, Cultura y Sociedad*, pp. 91-97.